

RE-GENERAR. GÉNERO Y GENERACIÓN COMO EJES DE UNA IGUALDAD COMPLEJA

Begoña Pernas

¿Qué sucede en los barrios re-generables? Para empezar a pensar en cómo aplicar a la regeneración urbana el enfoque de género, os presentaremos a dos mujeres, vecinas de la gran ciudad. Conocimos a Lucía y a Carmen en un estudio sobre el impacto del espacio construido y de la tipología urbana en la conciliación de la vida laboral y personal¹ y pueden guiarnos por alguno de los dilemas de los barrios actuales.

Lucía tenía entonces 28 años, tres hijos, dos separaciones y una orden de alejamiento de la segunda pareja y padre de sus gemelos, que la había maltratado. Estaba en paro y vivía gracias a una ayuda social y al apoyo de su madre, empresaria local y dueña de una pequeña flota de camionetas de reparto. Su vida transcurría en un piso modesto de un barrio de la periferia madrileña, un antiguo barrio obrero de bloques de los años setenta y ochenta que ella describía por sus ricas y complejas relaciones sociales.

La característica de su barrio, percibido por ella, que había crecido allí, era la densidad humana y moral. ¿Qué significa densidad? En primer lugar, Lucía contaba con el apoyo de una importante red de relaciones muy próximas: su madre principalmente, las vecinas que igual le traían la compra si estaba enferma que bajaban a cortarse el pelo a su casa, o protegían su vida, literalmente, al avisarla si su ex pareja se acercaba a su calle; las madres del colegio que echaban una mano con los niños o criticaban su vida y milagros: “Estoy en boca de todos”. Pues esas mismas relaciones que la ayudaban a sobrevivir la oprimían, la hacían sentirse atrapada en su vida, por más que ella orgullosamente se rebelara y luchara por su individualidad.

El segundo rasgo de la densidad es el conflicto por el espacio público. Los límites del barrio se definían ya por el conflicto, “Somos del barrio porque nos pegamos con los de fuera”, pero es que además, en un espacio social con viviendas pequeñas y de mala calidad, las calles, los parques, los equipamientos, eran fuente permanente de competencia. La intensa llegada de inmigrantes y la relativa saturación del colegio y del centro de salud, así como del transporte producía en Lucía un sentimiento aún más fuerte de desclasamiento y trato injusto: “Yo ya no me siento española”. Mantener la esperanza de ascenso social o al menos, de una vida más libre o más próspera, la llevaba a buscar diferenciarse, por ejemplo, llevando a casa a sus hijos a comer (“para cuidar su alimentación”) o visitando médicos privados para tratar la alergia que sufría la mayor.

El tercer rasgo de la densidad tal como ella la percibía era el arraigo. Lucía lo hacía todo en un radio muy pequeño y esa proximidad le permitía tener una vida más o menos organizada y le ofrecía algunos ratos de libertad para estudiar. Un barrio con comercio, con parques, con el

¹ Se trata de un estudio realizado en el marco de un proyecto europeo Equal, “Entre Cronos y Ceres”, de 2007. La investigación lleva el título “Vidas en la ciudad. Ocho historias de conciliación” y puede encontrarse en

http://www.gea21.com/media/publicaciones/vidas_en_la_ciudad_ocho_historias_de_conciliacion.pdf

colegio al que podían ir solos los niños, el centro de salud, el polideportivo a tiro de piedra, con un profundo conocimiento de sus calles que la hacía sentirse segura.

Y atrapada. Pues la frase “el barrio es mi vida” no significa solo que su vida transcurre en ese barrio, ni que se identifica con él, sino que además el barrio determina su vida, la marca con su prosperidad, con su fama o con su estigma, tira de ella para arriba o para abajo. Pues en Madrid el barrio es la clase y la conciencia de barrio sustituye a la conciencia de clase.

Por último, la historia de Lucía y de su barrio habla del valor de los bienes públicos para las personas que no tienen dinero ni tiempo. Gracias a los equipamientos, Lucía y sus hijos tienen acceso a educación y salud (aunque la critiquen); los policías tutores fueron los primeros en reconocer que algo no iba bien en el matrimonio de Lucía y prestarle ayuda; el centro de la mujer le ofrece sesiones gratuitas con una psicóloga, ha accedido a un curso gratuito del paro, etc. Su sueño es trabajar en una oficina “para quitarse de la casa”, pero eso no es un bien público y en su barrio había poco empleo incluso antes de la crisis económica.

Carmen ha logrado la movilidad con la que sueña Lucía. Ella vivía en un barrio obrero “Ciudad Pegaso” y el casarse y tener un niño, la familia se trasladó a un nuevo desarrollo en otro tipo de periferia, cerca de su trabajo, pero donde no conocen a nadie. Es consciente de haber accedido a una vivienda mucho mejor, un buen piso con terraza en un bloque nuevo de manzana, rodeado de buenos equipamientos que no están saturados, un ambiente de “clase media”. Pero Carmen se define como “una chica de barrio” y no soporta la vida hacia adentro de ese tipo de vivienda. El vaciado del espacio público y la densidad de relaciones familiaristas del interior la abrume y la ofende. Atrapada en un trabajo donde no puede ascender, y con un niño pequeño, lo que los obliga a ella y a su marido cocinero a malabarismos con el tiempo y el espacio, ha tenido que abandonar la vida política, su pasión, y percibe agudamente la falta de sentido del espacio urbano que la rodea.

Los “desarrollos”, a diferencia de los viejos barrios, ofrecen una buena vida privada, pero carecen totalmente de vida pública y de algo que podríamos llamar “cosmopolitismo”. Son aldeas interconectadas. La falta de arraigo de Carmen y de su marido en el barrio, y del barrio en la ciudad, la fragmentación de los espacios en los que transcurren sus días, la disciplina horaria que rige sus vidas, lleva a ambos, entrevistados por separado, a contestar de forma extrañamente similar a la pregunta sobre qué harían si tuvieran un día completamente libre para ellos: “Pues seguramente me apetecería irme a Madrid, pasear por la zona del Prado y meterme en algún museo. Sobre todo, pasear. A lo mejor, irme al Retiro, pasear y estar sola, tampoco irme a ningún otro sitio. Desconectaría de todo.”

Ambos describen un espacio urbano con historia, donde recomponer a través de la continuidad en el tiempo y en el espacio (el paseo) el sentido roto de la vida moderna. Pues si en el caso de Lucía el rasgo de su hábitat es el exceso de sentido, en el de Carmen, el tema básico es el vacío, la falta de sentido. Los barrios descritos tienen bien un exceso de identidad, y entonces atrapan, o una carencia total de identidad, y entonces generan aislamiento y malestar.

Es interesante poner esto en relación con la teoría de redes: cuando las redes sociales son densas y recíprocas, ofrecen gran apoyo personal y emocional, pero no permiten salir del

propio círculo ni individualizarse. Por ejemplo, para encontrar empleo o para el ascenso social, es importante tener redes más tenues pero que permiten ir más lejos. La sociedad moderna premia las redes flexibles de individuos móviles, como aquellos que no tienen “cargas” familiares, o están dispuestos a cambiar de trabajo o de barrio. Al mismo tiempo, la ruptura de las redes próximas y densas provoca soledad y sinsentido.

Las dos mujeres, ambas jóvenes y con niños pequeños, pero con muy diferentes situaciones sociales, nos muestran el diferente impacto del tipo de ciudad en el que viven. ¿Por qué entonces hablar de género? A nuestro entender, la crisis de los barrios nace de la desconexión y separación de estos espacios, antes subordinados pero conectados a un centro de poder, de las redes productivas y simbólicas valiosas, es decir que generan valor. Alejados del empleo, de la cultura, del capital, del poder, los barrios languidecen y a veces entran en decadencia. Carecen justamente de inversión, de capital económico y de relaciones, de movilidad, a veces de importancia simbólica, lo que tan bien describen, con su experiencia vital, Carmen y Lucía.

Si hablamos de género es porque las mujeres se encuentran históricamente más alejadas de esos bienes urbanos: han tenido y tienen menos tiempo, menos propiedad, menos crédito, menos relaciones tenues que llevan lejos, menos empleo y más responsabilidades sobre otros. Individualizarse y huir les resulta más difícil, sobre todo si tienen hijos. Por lo tanto, al hablar de barrios hay que incluir un punto de vista sobre la ciudad que no ha estado incluido tradicionalmente en los proyectos urbanos.

Porque además, ese punto de vista es más rico y más complejo. Es complejo porque el uso que la mayor parte de las mujeres hacen de la ciudad es intensivo y variado, al ocuparse de todas aquellas tareas que antes quedaban del lado de la reproducción, e intentar, al mismo tiempo, dotarse de individualidad. No representan, pero incorporan, la opinión y la situación de otros, niños y niñas, mayores, jóvenes, extrañamente ausentes del planeamiento clásico, grandes minorías que luchan con la ciudad una lucha desigual.

Además, la crisis de la separación entre producción o reproducción ha puesto al género en primer plano. La reproducción se ha globalizado, como demuestran las miles de inmigrantes en tareas de servicio, cuidado y mantenimiento; pero también los hogares han entrado en el mercado y son ahora, con los barrios, espacios de actividad económica, aunque precaria y a menudo informal. Muchos de los trabajos de los que viven las ciudades se realizan dentro de las casas: alquiler de habitaciones, cuidados de niños/as, peluquería, ventas, arreglos, clases, etc. Este es un efecto de la globalización, como explica Sassen², que trastoca las redes y los espacios, abandonando lugares antes centrales (como la fábrica) para reconstituir otros espacios cambiando su significado (como los hogares).

Por lo tanto, pensar en el género, como en la generación, obliga a plantear una “igualdad compleja”³. ¿Qué significa esta expresión? Significa que la igualdad no es un punto de partida, como en la teoría liberal, sino un punto de llegada, algo que debe construirse mediante procesos sociales que incluyen a sujetos no homogéneos, ni con igual poder. Es decir, la

² Saskia Sassen (2010): Una sociología de la globalización, Katz, Buenos Aires.

³ La expresión es de Michael Walzer aunque aquí la usamos de forma meramente descriptiva. Igualmente interesante es la expresión “Democracia compleja” de Touraine.

decisión pública debe repartir recursos y eso es igualdad, pero también debe incluir la diferencia de las posiciones sociales para subir un grado en esa igualdad, y permitir que recoja intereses no hegemónicos.

¿Cómo incluir esa diferencia social que representan el género y la generación? La primera idea es que para responder a una igualdad compleja hace falta una gestión compleja. No podemos ya dar por hecho el sujeto social, ni compartimentarlo y segmentarlo por renta, sexo, necesidades. Como muestran las vidas de Carmen y Lucía, ellas son y quieren ser a la vez muchas cosas y su recorrido por la ciudad carga una compleja historia. No entran bien en nuestras categorías.

La única forma de acertar en las intervenciones es permitir que esos nuevos sujetos se “manifiesten”: mediante la transversalidad en la gestión que pone en relación espacios y decisores públicos, así como disciplinas antes separadas; mediante la colaboración público-privada, que permite crear condiciones y un marco para llevar inversión donde no existe; mediante la participación, una participación estructurada, que “pondere” la presencia y la voz de mujeres, de jóvenes, de niños, de minorías étnicas o nacionales, de mayores, de personas con discapacidad. Contrariamente a lo que suele creerse, mientras más nos alejemos de la clase media (que ya representamos) y más poder demos a las minorías, mejor y más innovadoras serán nuestras políticas.

La segunda recomendación es que la administración no debe suplir lo que la sociedad sabe hacer perfectamente, sino crear condiciones para que la diversidad se autoregule, o al menos no destruir esas condiciones de vida pública. Sin duda los barrios necesitan inversión pública que aumente la calidad de los espacios saturados o abandonados, equipamientos que respondan a necesidades cambiantes, modos flexibles de ayuda a los cuidados, mejoras en las viviendas, conexiones a la ciudad y accesibilidad.

Pero también necesitan empezar a crear aquello de lo que tan agudamente carecen: en primer lugar, capital, no solo inversión pública, sino empleo, ahorro, crédito para hacer posible el desarrollo privado. Necesitan redes amplias, cosmopolitas, y redes próximas, según el tipo de barrio y su historia: la participación, el diseño de los equipamientos, el apoyo a las asociaciones, el pequeño comercio, son otras tantas formas de generar esas redes o más bien esos espacios para hacerlas posibles. Y finalmente, necesitan sentido y valor simbólico: continuidad espacial e histórica, que no solo se da en los centros urbanos, sino que puede promoverse en los viejos barrios y generarse en los nuevos; hitos culturales, belleza, orgullo a través de actividades, creaciones artísticas y apoyo a la multiplicidad de recursos propios. En todo ello, el género, como la generación, es una guía que puede hacer esta labor mucho más interesante y mucho más justa.